



**EL LOBO IBÉRICO  
EN LA BAJA EXTREMADURA**

**francisco gragera díaz**



**BIBLIOTECA POPULAR EXTREMEÑA**

© Francisco Gragera Díaz  
© **UNIVERSITAS EDITORIAL**  
Ramón y Cajal, 11  
Teléf. y Fax: (924) 24 58 56  
06001 Badajoz  
© Dibujos y foto de portada del autor

I.S.B.N.: 84-88938-06-3  
Depósito Legal: BA- 17/1996

**UNIVERSITAS Talleres Gráficos**  
Pol. Ind. "El Nevero" - Embasa, 9  
Telf. y fax: (924) 27 46 56  
06006 Badajoz

## PRÓLOGO

*“Porque, el lobo y el hombre  
hacen muy buena pareja”*  
Canción tradicional montañesa

Hacia mediados de siglo, cuando yo tenía 8 ó 10 años de edad, pasaba largas temporadas en Cadalso, el pueblo de mi padre en la Sierra de Gata Cacerfeña. Por aquel entonces las noches eran tenebrosas, sin luz eléctrica o, como mucho, alguna bombilla mortecina que contribuía a acrecentar aún más las sombras y la oscuridad. Al toque de oración se recogía la villa, las pocas cabras de cada vecino que regresaban presurosas a sus cuadras por el laberinto de callejas empedradas, y los últimos momentos del día los anunciaba la vieja de la campana de ánimas con su lúgubre esquilón, tras lo cual se atrancaban las puertas de las casas.

En la penumbra de la sala, a la luz aromática y crepitante de los candiles de aceite, el lobo era tema cotidiano de conversación en las familias ganaderas. Se comentaban sucesos reales, como las cabras desaparecidas en el monte, la burra atacada en el cercado de las eras, las batidas de los cazadores o las bolas de sebo con es-

tricnina que repartía el veterinario cuando los daños eran excesivos. Otros hechos, quizá inventados, calaban también muy hondo en las mentes infantiles. Los lobos que siguieron a Martín hasta la entrada del pueblo, haciéndole perder el habla por el susto durante varios días. El hijo del tío lobero, que se quedó atollado entre las peñas cuando trataba de alcanzar los lobeznos. El soldado de Robledillo, que volvía al pueblo atravesando la sierra y del que sólo aparecieron los pies dentro de las botas. Las noches de terror en la majada del tío Dimas, cuando los lobos arañaban la puerta tras haber devorado los perros guardianes entre estremecedores aullidos...

Por si fuera poco, en las primeras lecturas aparecían de nuevo los lobos, agigantados como seres malignos capaces de amenazar a los propios santos: *“hermano Francisco, ... no te acerques mucho”*; de atacar a las zagalas solitarias en plena siesta, según Chamizo; de dejar apenas algunos despojos sangrientos de la cabrerilla de Casablanca, según Gabriel y Galán; o devorar al mejor cazador de Soria y galante caballero la Noche de Difuntos, según Adolfo Becquer.

En aquel ambiente de temor casi supersticioso ví yo mi primer lobo. Andaba pidiendo con él un lobero que, en su peregrinar de pueblo en pueblo, se había parado a merendar junto a la fuente del Regato del Chorro, y lo tenía sentado tranquilamente al lado, amarrado con una cadena. El lobo no era la fiera monstruosa que yo había imaginado sino un cachorro precioso, gris y peludo, que nos miraba con inteligencia y curiosidad al tropel de zagales que habíamos bajado corriendo para contemplarlo.

No podía saber yo entonces, absorto bajo los fron-

dosos nogales del huerto de la fuente, que pocos años más tarde, mientras terminaba en Madrid el bachillerato, me pasaría la mayor parte del tiempo libre jugando con toda una manada de seis lobos, que Félix Rodríguez de la Fuente y su mujer habían criado desde cachorros en la Casa de Campo madrileña, y que serían famosos luego en todo el Mundo por sus publicaciones y sus programas de televisión.

Aquella prolongada convivencia con los lobos en mis tiempos de estudiante me hizo interesarme cada vez más por esta especie magnífica, el cazador más inteligente y poderoso del norte del Planeta. Nuestros grandes herbívoros domésticos, como vacas y caballos, de los que ha dependido en parte el desarrollo de la Humanidad, quizá nunca hubieran alcanzado el nivel de evolución que conocemos, de no ser por la selección permanente a que fueron sometidos por el lobo. Y el lobo fue el primer animal salvaje domesticado por el hombre, hace más de 15.000 años y probablemente en nuestra propia Península Ibérica, cuando los hielos de la última glaciación cubrían aún la mayor parte de Europa. La ayuda que los lobos-perro prestaron luego al hombre para capturar jabatos y chivos, becerros y potrillos, fue sin duda decisiva para contribuir al gran salto cultural del paleolítico al neolítico, cuando la caza primitiva comenzó a ser sustituida progresivamente por la ganadería. Todavía en la actualidad, el ganado es manejado y defendido en casi todo el Mundo mediante distintas razas de perro, todas ellas descendientes del lobo.

Pero hace 30 años, estas reflexiones sobre el lobo podían considerarse casi subversivas. Para la inmensa mayor parte de la población, el lobo era entonces una alimaña peligrosa a la que había que exterminar cuanto

antes y por cualquier procedimiento posible. Desde 1953 eran obligatorias las Juntas Provinciales de Extinción de Animales Dañinos, y los ayuntamientos y los gobiernos civiles de toda España competían en premiar a los alimañeros más activos. Los guardas sembraban los montes de venenos, de cepos y de lazos y se organizaban batidas en cualquier época, pero preferentemente durante la veda, pues así se prolongaba la caza durante todo el año con la excusa de perseguir a los lobos. La situación era crítica y el lobo ibérico corría el riesgo de ser totalmente exterminado en breve plazo.

En aquellas circunstancias comencé yo a recorrer España y Portugal para estudiar los lobos y evaluar los daños que causaban al ganado, que por aquel entonces se estimaban exorbitantes, y poco menos que el principal problema para el desarrollo de la ganadería nacional. Fueron años de convivencia con pastores, guardas y alimañeros, siguiendo huellas de lobos por montes y sierras y manteniendo luego largas conversaciones en majadas, pueblos y chozos con personas que, en muchos casos, se habían dedicado prácticamente durante toda su vida a perseguir al lobo. Cuanto mejor lo conocían, mayor respeto y admiración solían mostrar por él, y más de un veterano alimañero me confesó que dejaba siempre a las lobas algún cachorro de las camadas que capturaba, para que la pareja no abandonase la comarca, para que los lobos no se extinguiesen y para que a él no se le acabase el oficio.

Muchas de estas personas, nacidas a principios de siglo, recordaban aún con gran detalle no sólo sus propias experiencias, si no también las que habían oído contar a sus padres y a sus abuelos, por lo que su información podía remontarse casi hasta la época napoleóni-

ca. En aquellos años, Portugal estaba sumida todavía en la pesadilla de sus guerras coloniales de Mozambique y Angola, y en España tardaban en cicatrizar las heridas de la guerra civil, que podían palpase incluso en las diferencias existentes entre los guardas jurados, con certificado de buena conducta, y los simples alimañeros, sospechosos de colaborar con los maquis y relegados a zonas alejadas de las poblaciones.

Los pueblos aún parecían pujantes, con gañanes que salían en sus mulas antes del alba a labrar, a hacer carbón o a recoger la cosecha; con repique de fraguas en las calles, forjando herraduras y rejas de arado; con caracolas de cabreros, porqueros y yegüeros llamando a los ganados; con hornos de pan congregando a las mujeres al mediodía y bullicio de mozas que bajaban a lavar al río o subían de la fuente, cargadas con los cántaros de agua. Pero mientras yo me preocupaba por la conservación del lobo, todo este mundo rural, primitivo y bellissimo, hecho de culturas milenarias y enriquecido por el duro bregar de cada día, estaba ya desmoronándose imperceptiblemente, a causa de una emigración creciente hacia las ciudades y zonas industriales de España o de otros países de Europa.

Un ganadero leonés de Morla de la Valdería, el señor Salvador Teruelo, supo valorar el problema cuando quizá tenía remedio y en febrero de 1972 ya escribía resignadamente al Profesor Valverde: *"En toda mi vida activa de pastor y ganadero apacentando por valles y montañas y en mi constante luchar contra los lobos, llegué a creer que, más tarde o más temprano, podríamos exterminarlos. Hoy, cuando la vida se halla en la última etapa y en el punto final de mi actividad ganadera, me temo todo lo contrario... Desaparecerán los re-*

*baños, y con ellos los pastores y ganaderos, mientras los lobos, triunfantes en su lucha, continuarán devorando otras especies de animales."*

El gran cambio acababa de producirse en España. El hogar, que cada noche congregaba a las familias desde tiempo inmemorial para relatarse historias y vivencias, había sido sustituido bruscamente por el aparato de televisión, que ocupaba ya un puesto de honor en las casas, en los bares o en los teleclubs de las parroquias. La riquísima tradición oral de nuestros pueblos, transmitida de generación en generación durante miles de años al amor de la lumbre, estaba siendo suplantada rápidamente por una nueva cultura, multinacional y mezquina, irradiada desde los televisores. Por fortuna, hubo una excepción en este sentido: los programas de Félix Rodríguez de la Fuente, de enorme contenido didáctico, y que hicieran llegar a todos los rincones del país sentimientos de respeto y armonía hacia la conservación de la Naturaleza. Y uno de los temas favoritos de Félix era el lobo. Todos los españoles que se apiñaban ante el televisor pudieron conocer así facetas ignoradas sobre la vida de la manada, la crítica situación de la especie y su lucha por la supervivencia, su importancia ecológica, sus complejas relaciones sociales, su respeto por los vencidos y su ternura con los cachorros de la camada.

Y se hizo el milagro. Como tantas veces a lo largo de la historia de España, las Cortes volvieron a debatir el problema del lobo en 1970, pero en esta ocasión, unos procuradores sensibles a la conservación de la fauna acordaron incluir al lobo entre las especies de caza mayor. Por Ley de 4 de abril de 1970, el lobo quedó así protegido en todo el territorio nacional desde marzo hasta septiembre, estando obligados los cotos y reser-

vas a fomentar su abundancia, pudiendo darle caza solamente de forma ordenada desde octubre a febrero. Esta medida resultó decisiva para la conservación del lobo en España, y desde entonces todas sus poblaciones, exceptuando quizá la andaluza, se han recuperado notablemente, colonizando incluso regiones como el País Vasco, donde hacía muchos años que se habían extinguido.

En 1985 me cupo la satisfacción, como Director General de Medio Ambiente de la Junta de Extremadura, de que nuestra Comunidad Autónoma fuese la primera a nivel nacional en decretar la protección total del lobo en su territorio, contribuyendo posteriormente a que la Directiva de Hábitats de la Unión Europea estableciese la protección integral de los lobos al sur del río Duero. Y ahora, diez años más tarde, estoy tratando de que no se cumpla la triste profecía del señor Salvador Teruelo sobre la desaparición de los rebaños y los pastores.

Para ello hemos comenzado a recuperar la trashumancia tradicional de los ganados entre las dehesas del sur y las montañas del norte de España, para conservar así las costumbres de los pastores, las razas autóctonas de ganado, los paisajes y los ecosistemas creados por los rebaños durante tantos miles de años de pastoreo. Por primera vez desde mediados de siglo, cuatro rebaños trashumantes de nuestro Proyecto 2001, con 15 pastores y 7.000 ovejas, caballerías y perros mastines, han transitado este año de 1995 entre Extremadura y las montañas de León y Zamora, recorriendo más de 3.500 Km. por cañadas que, en su mayor parte, habían permanecido abandonadas durante las últimas décadas.

Confiamos que los movimientos de estos rebaños trashumantes contribuyan también a restablecer el con-

tacto entre las importantes poblaciones lobunas del norte de España y las del sur, que han quedado aisladas y corren por ello grave peligro de extinción. Porque, como narraban nuestros monteros y ballesteros del Siglo XVII: *“Es muy cierto que los lobos se mudan en seguimiento del ganado de unas tierras a otras. Larga experiencia hay de esto, porque se averigua que cuando el ganado baja de la montaña de León y pasa a Extremadura, ven los pastores ir los lobos en su seguimiento y lo testifican: porque hay algunos tan señalados que los conocen y los ven en el verano en una parte y en el invierno en otra”*.

Si los lobos regresan, no me cabe duda que encontrarán una sociedad más respetuosa y consciente de la importancia de conservar la gran fauna y el equilibrio ecológico en nuestras sierras. Este libro de Paco Gragera, en cuyo prólogo ya me estoy alargando demasiado, es un buen ejemplo de esa nueva sensibilidad que emerge entre los jóvenes extremeños hacia el estudio y la conservación de nuestras especies amenazadas. Y el lobo, junto con ciervos y jabalíes, lince, águilas, buitres y cigüeñas negras, es y debe seguir siendo una de las especies más características y valiosas de los montes de Extremadura.

Torrejón el Rubio, a 25 de noviembre de 1995  
JESÚS GARZÓN  
*Fondo Patrimonio Natural Europeo*